



# Dislocaciones

Félix Joaquín Galván-Díaz

*A Víctor*

I

—Uno, dos, tres.

Cada número tuvo un tono distinto que se hundió en un túnel extraño. Cada textura fue inconfundible y adelantaba que algo ocurriría. El estruendo imaginario que hizo la última letra al ser pronunciada le provocó una sensación entre el miedo y el orgullo. Cerró el puño, intentó contar sus nudillos, poner nombre a las rayas infinitas de sus manos chuecas. No lo logró. El tres era el banderazo. Levantó el brazo, impulsó su hombro. Quiso sentir el aire rozar sus nudillos antes de chocar con el otro cuerpo. La mano le dolía. El otro no cayó, seguía en pie, era su turno.

—Uno, dos, tres.

Sintió el impacto en el hombro derecho. No le importó: era zurdo y era él. Sacudió el brazo para evitar el hormigueo, era su quinto golpe aquella noche. Pasó el siguiente. Intentaba oler. Su nariz confundida distinguía el aroma a ebrio, mierda y cerveza barata.

—Uno, dos, tres.

Escuchó cada número como un gran anuncio, como si el mundo se abriera para permitir que la barbarie se apoderara de él. Dio un trago a la cerveza y derramó algo sobre su puño, pues quería sentir la densidad casi perfecta del líquido oscuro. Puso un pie atrás, tiró el puñetazo. Fue un mal golpe, su mano se abrió al impacto. Los dedos le dolieron. No lo mencionó y no lo mencionaría por dos cosas: era zurdo y era él. Todo saldría de acuerdo con el plan que decía tener, mas nunca acertó a trazar.

Su risita temblorosa delató la ansiedad con que acariciaba el recuerdo. Su respuesta reveló que estaba orgulloso, pero que no lo contaría. Se suponía distinto al resto: no contaba historias, sin embargo, anhelaba construir

memorias; no le gustaban las fotografías, no obstante, creía en acariciar el pasado hasta extinguirlo. Entre su risita temblorosa, dijo con sus labios heridos y su voz lenta:

—A alguien que lo merecía.

El otro lo miró y dudó antes de provocar una controversia. Lo conocía lo suficiente para saber que pedir una anécdota significaba ingresar a un terreno donde los valientes perecen. Lo miró: deslizó los ojos por el cabello largo y quebrado, entre castaño y rojizo; se detuvo en los labios, las llagas, la sangre fresca que se secaba frente a sus ojos. Observó las cejas pobladas. Guardó silencio. Recordó algo antes de preguntar. Alguna vez alguien le dijo que las explicaciones sobran: nuestros enemigos no las creen y nuestros amigos no tienen tiempo para ellas. Hacía calor.

—Quiero darme de baja de la vida —interrumpió uno de los dos.

—¿Un divorcio?

—No. Dejarla.

—¿Por qué?

—No te lo tomes tan en serio.

Se molestó, quizá tenía derecho a hacerlo. Le parecía que lanzar voces desastrosas al aire sin esperar respuesta era estúpido. El otro notó que tal vez fue demasiado duro, miró al enojado, le sonrió. Esa sensación le recorrería el cuerpo de nuevo después de su pelea, después de su beso. La misma punzante agonía que lo acompañó como una cicatriz desde tiempo atrás. Estaba en el suelo, aún tenía pastillas en la mano. Hablaba como estúpido, intentaba construir las últimas palabras de su realidad entre el murmullo furioso de su pensamiento desatinado. Su estómago se quemaba. Las manos le temblaban más de lo habitual. Deseaba aferrarse hasta el último minuto, sentir hasta el último gramo de la existencia que no lo hizo feliz. Sería su venganza: la vida le daría todo en un instante. Poseería el recuerdo amargo del cúmulo de sentimientos mundanos que nunca tuvo porque vivió exiliado. No percibía ningún dolor, solo la inquietante ansiedad por el final. Deseaba saber cómo se consume un mundo. Comenzó a reírse; algo le pareció gracioso. La atmósfera se quebró, los recuerdos encadenados se fundían con un presente incierto. Saldría bien porque, al final, la vida es un chiste contado por un tartamudo. Creyó que lloró al ver el picaporte de la puerta moverse. Entró acompañado. Reconoció sus rostros tristes, su desesperación por prolongar lo que llamaban vida. Intentó decirles que no estaba maldito, que el porvenir lo premió y que reclamaba su trofeo. Lo ignoraron porque se convirtió en el tartamudo taciturno que cuenta un chiste entre los espectros que lo ahogan. Tenía un sabor amargo en la boca. Rompió el silencio, quiso ignorarlo, sepultarlo con sus memorias.

—¿Qué?

—¿Conoces la película en la que Leonardo es espía?

—Sí, me gusta.

—La vi ayer.

—Es buena. Creo que la veré de nuevo.

—Me gusta cuando dice que no creer en la tortura es diferente a no creer en el castigo.

Apretó los puños, el tiempo dejó de importar. No sabían qué hacían y no se molestarían en ello porque los hombres ebrios no se preocupan por explicar, sino por demostrar. Olvidó el dolor de sus nudillos, relajó la mano, contó mentalmente. Estaba demasiado mareado, no le importó prolongar la numeración hasta el infinito más cercano. No sintió el golpe en la quijada; fue uno débil, de borracho. Hizo crujir los huesos de su cuello. Miró a los demás, que permanecían a la expectativa, que admiraban un espectáculo incomprensible. Consideró irse. Lo descartó, no quería recibir etiquetas ni escuchar las burlas de los maniacos. No quería fallar.

—Me va. Cuenta.

—Uno, tres.

Soltó un golpe demasiado fuerte antes de que terminara el eco. El otro lo notó, se movió. El puño se impactó contra el muro, tiró algo de yeso. Extendió su mano para verla bien; no distinguió las líneas del mapa. Las luces le parecieron iguales, los rostros le parecieron consumidos. Solo percibió el dolor infame al que no se entregaría, pero al que acariciaría con suficiente convicción. Permanecieron en silencio, querían decir algo. Se acercaron a él, los alejó de un manotazo.

—¿Por qué te moviste, puto?

—Me ibas a dar en el ojo, pendejo.

—Ahora te voy a dar uno con la mano buena.

—Eres zurdo, no puedes usar la derecha.

Miró su mano. El guante negro cubría sus nudillos, lo usó para evitar preguntas cuando vieran las costras. Pensó en quitárselo, pero decidió que hacerlo equivaldría a un error. No tenía una razón de peso para no responder, sí una para preferir la paz. Buscó sus ojos; a veces lo miraba a los ojos. Pasó el índice derecho por sus labios, encontró algo de piel seca para arrancar.

—¿Qué haces si te tiro a la fuente?

A veces solo querían hablar: saber que el otro lo escuchaba.

—Nada, supongo. No lo hagas.

Intentó analizar la situación, pero no atinó a nada lógico. Cuanto formuló le pareció lejano y quebradizo, importante, pero tan poco probable que no merecía atención. Su amigo siempre hablaba de la vida como una broma; en parte eso le evitaba pensar en futuros. Tenía razón, también se equivocaba. Nunca intentó mirar más allá de su nariz chueca.



—Deberíamos ir a algún sitio. ¿Vas a hacer algo el fin?

—Sí. Me hubieras dicho antes.

Llegó un amigo de uno, dieron la espalda al otro.

—¿Qué haces?

—Esperamos a alguien.

—¿Cómo se puso el otro día?

—Cañón. Estuvo pesado, qué bueno que no fuiste.

El otro se sintió olvidado, no era de los suyos, jamás lo sería. Tomó su teléfono, mandó un mensaje. Miró sus manos. La luz se hizo amarilla. Observó su rostro reflejado sobre la pantalla del teléfono, estaba pálido. Lo levantaron. Logró admirar su imagen en el espejo con el rabillo del ojo. No cooperó, intentó que su cuerpo pesara más para que lo arrastraran y desistieran en su intento por sacarlo de ahí. Nadie comprende cuando uno quiere morir. Escuchaba lo que decían, las palabras entre furiosas y esperanzadas porque llegaron a tiempo. Lanzaban acusaciones disfrazadas de bendiciones que una fuerza lejana se negaba a escribir. En ese espectáculo importaba más su heroísmo que el sublime deseo de un hombre casi muerto.

Él le clavó los ojos; no sostuvo su mirada. Solo le contó lo que haría para despedirse, no consideró que lo trataría como el ridículo grito de alguien que desea que aparten su mano del gatillo. Perdió la paz. No respondía, lo creyeron mudo, pero solo estaba demasiado angustiado para fingir compostura. Él lo miró con sus ojos claros; era piadoso. Quiso golpearlo, pero los brazos no le respondieron. Gimió de desesperación, aunque creyeron que lo hizo por dolor.

«Tranquilo, vas a estar bien».

No se separó de él mientras estuvo entre las sábanas almidonadas del hospital. Vivió a su lado entre médicos blancos, enfermeras virginales y dolientes que fingían compasión por el pobre joven. Agradeció que estuviera a su lado, que lo acompañara en el duro trance de ser un nuevo vivo, que lo ayudara a asimilar que el mundo no sería igual, pues lo acompañaría el fantasma de la falla y no tendría otra oportunidad para intentarlo. También estaba molesto. Aseguraba que no debían tenerle piedad por tratar, sino por fracasar. Estaba un poco loco, como todos, como su amigo, quien se había despedido del tipo alto que rompió su incomprensible armonía. Su voz lo sacó del pasado. Su teléfono sonó. Miró el mensaje e hizo una mueca.

—No viene. ¿Nos vamos?

—Sí. ¿Estás seguro de que vendría?

—La escuchaste.

—Da igual. Te veo mañana.

## II

Caminábamos, el sol nos quemaba. A él no parecía importarle, era moreno. Me puse la capucha, comencé a sudar. Sacudí mis manos, me dolían. Miré mis zapatos. Me detuve. Se detuvo después y me vio con el rabillo del ojo. Escuché su respiración, creí que diría algo. Mordió su labio, siempre lo hace, nunca tiene heridas. No amarré mis agujetas, solo las metí al zapato. Me sentí débil. Miré mis pies, no eran los míos. Corría —sentía que no eran mis pies— tras el balón.

—¡Pendejo! —grité—. Era mía, ábrete más para la siguiente.

Lo vi levantar su mano. Trató de hacer una seña, pero no pudo, el juego era demasiado rápido e importante para perder tiempo en minucias. Dejé de correr, el balón estaba al otro lado de la cancha. Me levanté la playera para limpiar mi sudor: quería que alguien en las gradas viera los huesos benditos que indicaban el camino más santo, que distinguiera mi mata de pelos negros asomándose por el resorte blanco. No supe si lo hizo, estaba más ocupado en intentarlo y pasar desapercibido que en caer en cuenta de su mirada. Acomodé mis calcetas, rasqué mi muslo, procuré levantar mi short. Miré al portero, quien hacía señas desatinadas e incomprensibles. El juego seguía. Estiré los brazos y noté cómo se me levantaba la playera; creí que me observaba. El sol quemaba. Nos detuvimos. Estábamos en silencio. Me vio con incierta locura: lamentaría perder esa mirada después de la pelea. Frunció el ceño. Solté una risita nerviosa y fingí enojo.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? —No tenía humor—. No lo vuelvo a hacer.

No reñimos. Él no quería hacerlo; yo sí. Seguimos. Había demasiada gente, lo que me estresó. Envidié su calma, aunque, podría jurarlo, solo era la máscara con que cubría la realidad para continuar. Se detuvo. Notó que me incomodaba la multitud.

—¿Izquierda o derecha?

—Por allá. —Señalé. No se molestó, tampoco distinguía la derecha.

Había dos frente a nosotros.

—¿Los pasamos?

—Sí.

Los rebasamos, me dio el balón y seguí. Vi que el quince me pedía un pase, pero lo ignoré, debía brillar. Dos me miraban desde las gradas, no podía fallar. Si anotaba, sería el rey, el mejor; si no me detenía, tendría una carrera. Iba confiado, seguro. Sentía el viento golpear mi rostro. Mi juego se convirtió en sombras, yo corría entre sombras como un haz de luz. Seguí. No noté cuándo pasó. Lo sentí, pero no supe qué ocurría hasta que fue, debí parar: cuando uno pierde el límite, la vida se encarga de



recordártelo. A veces todo sale mal. Escuché su voz, sonaba como una pieza de acero a punto de quebrarse.

—¿Qué onda? ¿Ya te vas?

—Algo así.

Se detuvo adelante de nosotros e hizo una mueca. Iba con él, pero preferí apartarlo. Revisó su teléfono para pretender que no me necesitaba, que no nos necesitábamos. Éramos imprescindibles, lo sabíamos. Noté la cólera, si es que se puede llamar así, en sus pequeños ojos marrones. Teníamos un mal día, no debía empeorarlo. Discutimos por algo sin sentido que dejó de valer al poco tiempo. Era justo que estuviera molesto: hacía que recorriera infiernos y nunca se quejó.

—Tengo hora libre. Bueno, no entramos.

—¿Quiénes?

—Yo y... —Lo señale.

—Oh ya. ¿Te espera?

—Sí.

—Dile que se vaya, que te vas conmigo.

—No seas así.

—Bueno, te mando un mensaje al rato. A ver si te veo luego. ¿A dónde vas?

—Vamos a comer. ¿Quieres?

—No, vete. No quisiste jalar conmigo.

—No seas ojete. Te veo luego.

Seguí. La meta estaba frente a mí. Iría porque era mi deber. Adelante está el futuro, el orgullo, la vida. Adelante, atrás, adelante. Lo que tendrás, lo que no. Sentí que mi luz se extinguía, la punzada en mi pierna incrementó. Corría. No podía detenerme tan cerca. Parar me convertiría en cobarde. Pensaba que tenía un sueño, pero solo era orgullo y la necesidad de probarme. Caí. El impulso de mi carrera me hizo dar dos vueltas sobre el pasto húmedo; algunas piedras y guijarros se clavaron en mis brazos y piernas. Llevé las manos a mi muslo. No grité, no derramé ninguna lágrima, aunque el dolor me mataba. Me cubrí el rostro con la mano cuando se acercaron a mí. Mordí mi labio hasta hacerlo sangrar. Me miraron, sabían que sufría. Me quité la mano del rostro para buscarlos en las gradas. Respiré hondo. Mi padre se acercó y me levantó. Lo decepcioné. Su pregunta logró sacarme de mi mundo.

—¿Qué vas a llevar?

—Una cubana, por favor.

—¿Para comer aquí o para llevar?

—Para llevar.

Intenté que me mirara, pero no lo hizo. Me sentí mal porque quería que viera el recuerdo desaparecer en mis ojos. Jamás supo qué esperaba. Empezó a contar con

sus dedos y murmuró algo. Incliné la cabeza porque creí que se dirigía a mí. Quise preguntar, aunque temí que hiciera lo que yo: que moviera la cabeza tras la pregunta y dijera «nada, nada». Era mi culpa, no estaba dispuesto a reconocerlo, ninguno. Preferí dejar que su berrinche pasara, siempre pasa. Lo quiero, pero a veces creo que pone obstáculos y mis expectativas con él se desvanecen cuando intento ir más allá. Tal vez no deba ir más allá, no sería justo.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

—¿Demasiada salmón? —pregunté. Deseaba que se riera.

—Solo no quiero.

Su mueca de indiferencia me arrancó la sonrisa precoz que ya preparaba como señal de triunfo. Necesitaba que volviera a estar feliz, que soltara uno de los chistes ridículos que me hacían reír. Es un chiste, somos uno. Deseaba que dijera algo extraño para convertirlo en una flecha veloz y sin rumbo, que volviera a hablarme. No pasó, solo escuché la confirmación de lo que ya sabía; oí su voz cruda, sin pizca de emoción.

—Vamos al doctor —dijo y cerró la puerta.

Todo desapareció: el dolor, el orgullo, el amor y mi futuro. La arrogancia murió por la arrogancia. Sentí a cuestas la dureza de su mirada. No hablaba, solo lo escuché, como tantas veces en el pasado. Su voz fría y dura, las amenazas que sabía que cumpliría y el repentino calor cuando se dirigía a mi hermano. Llegamos. Los médicos dictaminaron como la fuerza oscura y potente que gobierna el universo; lo hicieron con tal convicción que, por un momento, creí que esa fuerza existía. Fue curioso, allí terminó mucho para mí, siempre resulta especial ver a un sueño que termina consumir a los otros hasta dejar al hombre vacío, hueco y sin esperanzas. Ahí comenzó el final de mi mundo, de una versión de mi vida. Dejé el gimnasio y el fútbol; empecé a frecuentar sitios infames, a fumar, a tener los ojos grandes y rojos antes de llegar a la escuela. Quemé el barco. Lo hice de nuevo con él. Me di cuenta de que estábamos acercándonos al final. Fue difícil, creí que así recuperaría un poco o acabaría con lo que quedaba: si ya estaba perdido, lo destruiría, dejaría de perder nuestro tiempo; si no había algo que pudiera unirnos o dejarnos quietos, lo mejor sería terminar con un poco de espectáculo.

Caminamos en silencio, nos detuvimos afuera de la biblioteca. Yo comía, ninguno hablaba; el silencio me incomodó. Miraba sus labios, quería acercarme a ellos, tocarlos con los míos. Después pelearíamos por esos labios. Lo supe desde entonces. Lo deseaba, no podía, no soportaría que hablara de traición, que pensara que al acercarme violaba no sé qué acuerdo secreto entre nosotros; aunque, podría jurarlo, esa era la solución: los mundos que crearíamos y destruiríamos dependerían de la



decisión que tomara, que tomáramos. No dejé de mirar sus labios, esperaba que los moviera para aprender su ritmo.

—¿Llegaste en bici?

—Sí, la dejé allá.

—Deberías mostrármela.

No sé por qué lo ignoré. Dejamos de hablar. Odiaba nuestro silencio; sin embargo, muchas veces hice que se callara.

—¿Qué haces cuando te molesta el silencio?

—¿Cómo?

—Cuando estás con una persona y te molesta que no hablen.

—Decir una pendejada.

No dejé de admirar sus labios.

### III

—Voy por Sara. Te encargo a Joel, que no tome.

—Nosotros empezamos a su edad.

Me dejé con su hermano. Intenté hablarle. Mis palabras parecían resbalar al chocar con su pubertad. Comprendí que el mundo se mueve rápido, más de lo que parece, más de lo que admitimos. Noté los granos en su mejilla. No dije nada. Llevé la mano a la mía y sentí los pequeños huecos que el acné me dejó. Discutimos sobre música; me fui por las nubes, siempre lo hago. Hallé sus ojos. Observé sus ojos marrones que jamás me parecieron tan inocentes como el día en que reflejaron esa luz parda, jamás tan puros como la vez en que me miró con aire familiar. ¡Jamás, jamás, jamás! Me aferré a esa palabra porque es la que queda cuando todo se vuelve gris, marrón, amarillo, cuando los colores desfilan frente a nosotros y el suelo se mueve sin que atinemos a saber la maldita mierda que ocurre. Aunque tal vez solo fingimos desconocer qué demonios pasa porque tememos enfrentar las cosas y preferimos caminar con desesperación.

Él estaba al borde, lo había olvidado. No sabía qué decir, si darle un abrazo, si hacerle creer que el mundo mejoraría. Decidí que debía elegir las palabras correctas para que todo cayera a mis pies. No podía, jamás pude, no era mi terreno, jamás lo fue. La media luz iluminaba su rostro. Intenté tomar una fotografía, pero se cubrió con la mano. Otro revés. No me molestó, nada lo hace, no hay tiempo para ello.

—¿No es extraño que solo hablemos con chicas?

—No, güey. No mames, solo hay chicas en el salón y los otros pendejos son, pues, pendejos.

—Me parece extraño. —Miré sus ojos, quería decir algo más. Le di un sorbo a mi cerveza. Sonó una canción que nos gustaba.

—Es una canción de amor.

—No. ¿Viste el video? ¿Escuchaste bien? Es de protesta.

—Eres increíble. ¿Cómo puedes llevarte con mi hermano?

—A veces pasa, amigo, a veces pasa. Bueno —sentenció por la paz—, puede ser una canción de amor, puede ser las dos putas cosas si te lo propones.

Él tenía fe, no quería decepcionarlo. La fe sin obras está muerta, me lo enseñó. No dejo de buscar sus ojos, de tocar las yemas de sus dedos cuando me entrega algo. Él hace lo mismo, quizá no lo sabe, pero creo que lo sabe. Eso y su pierna sobre la mía me hacen soñar. Los cobardes soñamos. La fe sin obras está muerta. Los sueños son cadáveres que no decidimos enterrar y que no podremos exiliar. No quiero desear, se volvió demasiado duro, no está nada de lo que existe en mi pobre imaginación. Noto cómo tiemblan mis manos, siempre lo hacen. Miro sus labios; quiero rozarlos con mi pulgar, pedirle silencio para que el momento nunca termine, porque nada comienza ni se acaba hasta que tiene nombre, fecha e hijos. Estamos sentados. Apoya su muslo sobre el mío. Le doy un leve golpe para que mire mi cuaderno. Hice un garabato que debe ver, pues le pertenece. No mueve la pierna. Está tan cerca que ambos entramos en calor. Tengo fe de que en ese ardor haya algo. No sé cómo actuar. Él necesita ayuda; yo la necesito.

—¿Qué dice en el pizarrón?

—¿Dónde?

—Debajo de intentos.

—Dice instintos, no intentos.

—¿Neta?

—Sí. Pon atención o vas a reprobar.

Se calló; hice lo mismo. No tenía caso. Debía pensar, alguna forma existe para actuar. Obrar con fe es bueno, aunque no todos estén enterados del plan absurdo de la fe. Me quité las gafas; rasqué mis ojos hasta enrojecerlos; llevé de nuevo la cerveza a mi boca; oí las suaves notas; sentí el delicado sabor que subía, se perdía, se sacrificaba y renacía. Todo parecía nuevo. Estaba mal, pero me esforzaba por fingir lo contrario. Me dolía; el golpe seguía fresco, tan fresco como el beso. Tenía calor. Subí las mangas de mi camisa y eché una carcajada. Mis mejillas se pusieron calientes y rojas. Lo supe, me desesperé, abrí la ventana, quise escapar. Estaba oscuro. El encierro me hacía daño. Ya no escuchaba, solo veía pequeñas sombras de luz.

—¿La vemos el viernes?

—¿Después de clase?



—No.

—¿Vamos a llegar temprano?

—Sí... Supongo.

—Mira. —Sacó su teléfono—. Es mi gato gordo.

—Está obeso. ¿No se enferma?

—No, los gatos son así.

—Este es el otro.

—Te regalaré un perro, un beagle.

—Perros no. —Hizo una pausa—. Mi papá es alérgico.

—Sí, me dijo tu hermano.

Mi amigo regresó, lo cual agradecí. El viento soplaba fuerte en el jardín. El viento siempre sopla cuando va a llover. Miré el cielo. Quizá era parte del plan mayor de algún dios orate. Pensé que podría apelar a su generosidad, pero me había dado fe y un faro: tenía más de lo que acostumbra conceder. Nunca escuchó mis súplicas. Hacía frío, el peor invierno, pero tenía calor. Entramos. Me clavó los ojos con los que se mira a los perdidos. Hablamos. Lo supo.

—Vete. —No dio media vuelta. Los invitados iban a empaparse. Llovía. Siempre llueve en esta ciudad—. ¡Te dije que te largaras!

Llovía. Tenía el labio ensangrentado y me dolía. Escupí. Quería llorar. Estaba triste. Si se hubiera ido, como le dije, ya no estaría aquí, sería cenizas, mi memoria sería polvo destinado a mezclarse con el de todos los años y el de todos los hombres. Aún sentía el golpe en el labio, su último golpe. Conectó siete; yo, cinco. Le dejé el ojo hinchado y entreabierto. Las obras con fe son buenas, aunque no siempre resultan en algo bueno. Intenté limpiarme. Me gustó ver la lluvia correr con mi sangre maldita.

—Te pedí que te largaras.

—¿Estás bien?

—Cierra la puerta.

—¿Qué haces?

—Una raya. ¿Quieres?

—No deberías...

—Why not? I'm a white boy with white boys' troubles and my fathers' cash. I'm the king.

—No more, dude. Look around.

—¡Al carajo! ¿Tu hermano?

—Con su novia.

—No dejes que se pierda.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo.

Escupí.

—¿Estás bien?! Si no respondes, te voy a dar otro putazo. ¿Estás bien? —preguntó lleno de lágrimas.

No lloraba aún. Llovía. Escuchaba las gotas golpear el suelo como si estuvieran en el infinito. Me dolía el costado. Intenté incorporarme, pero caí. Nunca me habían golpeado; él fue el primero. Fue peor que las bofetadas por patán que me obsequiaron durante años. No sabía qué decir. Me ayudó a sostenerme. Sus nudillos izquierdos se mancharon con mi sangre. Lo más cerca que estaríamos. Un beso, esto y el cigarrillo. Abrí bien los ojos. Los fantasmas de luz desaparecieron. Lo vi sin que su rostro se convirtiera en un espectro. Tenía sangre en el ojo. Acaricié su mejilla, pero me arrepentí. Mis dientes castañeaban. La lluvia limpiaba nuestra sangre. Me solté.

—¿Estás bien?

—Sí. Lo lamento.

—Ven. Vamos a que te curen.

—¡No! No debí... Soy un idiota. No volveré a buscarte.

Sujetaba mi brazo. Forcejeé para zafarme e intenté correr. Necesitaba piedad, aunque no la merecía. Lo vi ahí, como siempre: flaco, bajito, diferente, real, auténtico. No volví el rostro atrás. Fui hasta un sitio seco y descansé. Caminé a la avenida. No había nadie, pues la lluvia ahuyenta a las personas. Un automóvil me salpicó. Oía mal. Quise correr, debía hacerlo para escapar. Correr me hace sentir mejor, olvido todo. La velocidad en mi mente ayuda a que no me concentre, a que jamás acaricie una idea por mucho tiempo, a que no me ocupe de nada. Escuché su voz a lo lejos, el mismo timbre con la misma estúpida pregunta cuya respuesta estaba dada, pero que nadie se atrevería a afirmar porque elaborar verdades logra que las cosas en el mundo se realicen.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres hablar?

—Ya sabes. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Nada es tan malo.

—¿Solo hay que acostumbrarse?

—Sí.

Nunca fui bueno para aspirar; me incliné sobre la mesa. No sabía lo que hacía ni por qué. Quería irme, pero también quedarme. No soy una sombra, valgo algo, aunque la persona más importante de mi mundo no lo sepa. Extraño su sonrisa, su voz profunda, las expresiones de su rostro cuando olvidaba la forma correcta de ser, sus espontáneas muestras de cariño. Éramos hermanos; era su hermano, él el mío, no más. Odié la lluvia, el labio, mi nariz, la blanca, el maratón. No escucho nada, solo la lejanía, solo el murmullo quieto de las gotas caer sobre mi cabeza. Hacía frío, el año más frío; mi mano temblaba, necesitaba apresurarme, ir al maratón.



Corría. Las luces se perdían; no miraba nada sin que las sombras lo consumieran. Recorrí la fiesta de arriba abajo, hablé con todos, llevé a una chica a la habitación de Arturo, puse el cerrojo, debía ser así. Imaginé: besaré sus labios, ya no tienen llagas; acariciaré su mano; le pediré que sostenga la mía —será gracioso poner nuestras pieles juntas—, veré sus ojos e intentaré no hurgar en sus recuerdos. Debo alejarme. Desabrocho su blusa. Desabrocharé su cinturón y meteré la mano para iniciar el juego. Beso sus labios fríos, toscos. Buscaré el interruptor para hacerlo con la luz encendida. Lo intento, estamos cerca, nos movemos, hay fricción, no pasa. Lo intenté, fallé, no funcionó, funcionará, nada me preocupará, no pude, ni siquiera un poco. Me miró. Estoy seguro de que me cree patético. Me mirará, sabrá que le hice el amor. Me disculpé, inventé excusas. No me disculparé, diré todo a su oído. Me vestí, la dejé sobre la cama. No permitiré que pase la noche sin mí, dormiremos juntos, despertaré a su lado. Salí trastabillando de la habitación, solo. Saldré acompañado. Mi amigo me esperaba.

—Debías pedir permiso.

—No te apures, no funcioné.

—Es porque estás enamorado. Haz algo.

Funcionará, siempre funciona. Cuando puso su pierna sobre la mía, me excité; también él, lo sé, lo he visto. Nada nos faltará, mi promesa durará para siempre. No me avergonzará mirarme en el espejo. Sale de la habitación, se acerca a mí, me dice algo al oído que no entiendo, me da un beso en la mejilla, estoy condenado. Llueve. Los invitados entran a la casa. Me hartó. No hay ventana, no hay puerta, solo esa que no sé si está abierta o cerrada. No quiero perderte, no quiero. Quieto. Estoy en la calle. Los faroles alumbran mis pasos, que no hacen eco. No hay sombras, ya no tengo una.

#### IV

Llueve, llueve, llueve; en esta ciudad solo ocurre esto. Vivimos entre niebla. Desde que me levanto, el cielo está gris, las aves ya no cantan, no sé si la gente sigue soñando, no me molestaría que nadie lo hiciera, sería mejor. Yo perdí mis sueños cuando cayó el primer golpe. Si hay menos esperanzas en el mundo, todo florecerá: no soy enemigo del futuro, pero nos quita el aire y hace trivial el tiempo. Nada me molesta, solo su recuerdo, solo su esperanza que no estoy dispuesto a aniquilar. El mundo es un lugar frío. No sé lo que deseo, no sé si lo hago, no sé, no sabía.

—Dime.

—Quiero la ayudantía.



—Te va a decir que no, además, falta mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Si no te lo digo yo, ¿quién?

No supe qué responder; dije lo primero que me vino a la cabeza. Llueve, llovía, siempre es así. «Toma mi mano, que tomes mi mano», debí decirle, debo decirle. La gramática resulta demasiado compleja; gracias a ella existe el tiempo. Quiero escuchar su voz de nuevo, es importante para mí. Llueve, llovía, era otoño, caía una tormenta, había niebla, estábamos en un salón del tercer piso.

«Mira la niebla, es mucha».

Anticipamos la tormenta al escuchar el primer trueno. Vi cómo se estremecía. Sentí su miedo, temblaba. Si hubiera sabido por qué, quizá lo habría evitado. Aunque no lo habría detenido; una parte de mí quería que ocurriera. Se formó un chipote debajo de mi pantalón cuando sentí su pierna junto a la mía. Tal vez por eso hui. Empezó a decir cosas inconexas, voces que me esforzaba por comprender, que parecían un murmullo lejano condenado a extinguirse antes de tocar el aire. Tenía el rostro rojo, los últimos días tenía las mejillas coloradas.

—¿Traes paraguas?

—No. ¿Tú?

—No. ¿Caminamos?

Llovía, llueve, lo veo desde mi ventana; llovía como puños, llueve como dagas. No encuentro al gato gordo, me preocupa: salió, no sé si regrese. Tal vez no debería, no regresaría, no regresará, lo que se marcha tiene una razón. Hay que dejar ir y respetar. No respondo preguntas porque estimo lo que fue y no tengo cuidado por lo que vendrá. Así duele menos, así cansa menos, así sigo sin que el sentimentalismo me invada. Intento levantarme, no tengo nada por hacer. Apagué el celular, solo pienso, solo hay tiempo para eso. Me fatiga hacerlo, no sé nada, ya no funciona imaginar cómo ven los demás mis acciones. Ya no me importa. Mi padre me lo enseñó, la vida me arrebató esa lección.

«Vas a aprender». Hizo sonar su cinturón. Esperábamos en el rincón. Primero era mi turno, luego el de mi hermano. Cerró la puerta, se sentó. «Van a aprender los dos. Ven».

Tragué saliva al oír el ruido, entre mudo y lisonjero, que anticipaba el dolor, el sonido que nunca estaba dispuesto a escuchar, que siempre supe que llegaría. Aprendí. Sentí el golpe; fue seco, inmediato, sin piedad, sin miedo, con convicción. Su fuerza igualaba a su fe. Quise llorar desde el primer impacto; no lo hice. Llovía, a veces no llovía, aquel día sí. Fueron cinco golpes. No me importaba el tormento, me importaba que él fuera el ejecutor, sin fuerza, con convicción. No notó cuándo hirió mi ojo, estaba tan desesperado. No supe cuándo lastimé su pómulo. Me detuve



al romper su labio. Tenía su sangre en mis nudillos; él, la mía en los suyos. Me arrepentí. Llovía, llueve.

No he salido de casa desde que terminó la escuela. Quise dejar en paz el mundo por un tiempo, no hacer nada, no creer en nadie, solo mirar por la ventana, lanzar la pelota a mis perros, escuchar el ronroneo de mis gatos. Opté por enmendarme: no beber de nuevo, no fumar, no subir a un rascacielos. Una promesa vacía, lo sabía, así la caída sería mejor, con más convicción, más, más, más. Intenté levantarme. Algo andaba mal; lo recordé, llevé las manos a mi boca. Recordé el tacto de sus labios. Fue caluroso, húmedo. Llovía y estábamos confundidos. Fue un buen beso. Tomé su mano, que dejó de temblar por un instante; miré su rostro, que dibujó una sonrisa sincera. Me emocioné, creí que todo caía en el lugar en que debía, aunque no fuera el que le correspondía. Anochecía. Era otoño. Desde mi ventana veo la oscuridad que invade al mundo, a la gente que se convierte en espectros porque en esta ciudad siempre hay niebla y nadie tiene derecho a caminar en la oscuridad. Este es mi mundo. Somos de sitios distintos, lo sabemos: tiene el privilegio de caminar en la noche, yo la temeridad de hacerlo.

—¿Qué fue eso?

—Un beso. Te quiero.

—No digas mamadas.

—¿No quieres intentarlo?

—No sé.

Quería llorar, lloraría, pude haberlo hecho; mis lágrimas se habrían confundido con las gotas que resbalaban por mi rostro. No quise decir lo que dije, no llegaríamos lejos, pues su mundo es el de las grandes torres y el mío el de los sueños quebrados; el suyo es el de no nombrar y el mío el de buscar entre sombras. Quiero intentarlo, no puedo, el Levítico lo dice, me lo dijo. El dios de mis padres, el viejo astro de sus ancestros y las divinidades de nuestro pasado montarían en cólera, sería abominación. «Dar la vida por un amigo es lo más santo», también me lo dijo, está en nuestra escritura, no en la suya. No creo en Dios. Intentarlo no habría sido un error, dar la vida por un amigo es bueno.

—¿Entonces?

—Nada.

Siguió su camino. Mi padre siguió su camino. Iba al estudio. Llevaba su ridículo periódico; no vi a mi madre. Salí de casa. Llovía demasiado, por lo que terminé empapado. No me moví, quería sentir el agua sobre mi cabeza. Las gotas resbalaban por la herida en mi pómulo. Toqué mi cicatriz y quise abrirla.

—¡Entra a la casa! —gritó mi madre desde la ventana.

—Voy.

Entré, estaban ahí, me miraron. Mi padre caminó hacia mí, levantó mi rostro para observarlo a la luz. No me importó, pensaba en sus labios. Llevé la mano a mi boca para no olvidar la caricia que me negué a recibir. Examinó mi herida, juzgó mi ojo con resentimiento, y me dio una bofetada.

—¿Quién diablos te pegó?

—Nadie, los dos lo merecíamos.

—Vaya que lo merecías, créeme que lo mereces.

La puerta seguía cerrada. Quise levantarme de su regazo y salir; no lo haría, aún estaba concentrado en mi castigo, en su castigo. La puerta estaba atorada; la cerré, quería abrirla, elegí esto. Entré a casa. No había nadie, todos se encargaban de sus asuntos. Nadie me miraba, nadie nos miraba, di el primer puñetazo; fue él, los dos respondimos. Llevé la mano a mi pómulo. Tres puntadas, solo eso, merecía más. Me quedé de pie; el agua escurría desde mi cabeza. Mi padre apareció en el pasillo y me sonrió. A veces se esfuerza por ser bueno.

«Hazlo, ten algo que contar cuando tengas mi edad».

Subí a mi habitación. Abrí un cajón, revolví mis calzoncillos, saqué mi teléfono, lo encendí. Pensé en llamarlo; me detuve a mirar su fotografía. Busqué mis audífonos y escuché algo de música. Caminé al armario, tomé una sudadera, vi mi casco. Salí en mi bicicleta. Llovía, por lo que el asfalto estaba mojado. Tenía que ir, ser parte de una memoria. Era una tormenta. Derrapé.

FÉLIX JOAQUÍN GALVÁN-DÍAZ es candidato a Doctor en Lenguas Romances en la Universidad de Harvard. Sus textos han aparecido en *Hispanic Review*, *Romance Quarterly*, *NRFH*, *Chasquí*, entre otras publicaciones.

Recibido: 14 de octubre de 2022

Aprobado: 19 de febrero de 2025

